

EL HERROR BERENGUER

OPINIONES DIVERSAS

Hemos preguntado a varias personalidades españolas su opinión acerca del "terror Berenguer", y éstas son las respuestas.



DON BLAS PIÑAR.—No me hable. No hay nada peor que la caída de una Dictadura. Le decían Dictablanda. Sí, sí. Le dan a usted en la cabeza con ella y lo desgracian. Ese fue el error, que cayó medio siglo antes de lo debido. Aparte de esto, yo no sé quién fue ese Berenguer que usted dice.

DON JOSE MARIA GIL ROBLES.—Mire, joven, con los errores que hemos cometido desde 1900 no sé por qué le preocupa a usted el del señor Berenguer. Además, ¿a cuál de ellos se refiere usted? Porque errores, lo que se dice errores, tuvo más de cuarenta.

DON JOAQUIN RUIZ-GIMENEZ.—Pax, pax. Hacían falta unas Cortes Constituyentes. Como ahora. Como siempre. Donde estén las Constituyentes, que se quiten las Instituciones. ¡Aquel Romanones! Y que me perdone Natalia Figueroa. Pax, pax.

DON GONZALO FERNANDEZ DE LA MORA.—Conviene fijarse en el pathos situacional, y, sobre todo, no leer a Ortega. Berenguer dimitió el catorce de febrero de 1931. Fue una errata. Acaso un horror. Nunca un error. El error lo perpetró España el catorce de abril, cuando se reunió la Junta Democrática y despachó a la familia.

DON JULIAN CORTES CABANILLAS.—Ya Melquiades Alvarez, republicano radical, que, para que se vea, luego fue asesinado por la horda, pedía Cortes Constituyentes. Yo respeto mi apellido, pero no tanto. Berenguer cayó en la trampa y se dejó sustituir por antiguos políticos en vez de hacer la campana de Huesca con las cabezas de todos los republicanos. Y así llegaron los moros... Esto, no. La II República.

DON JESUS SUEVOS.—Hay que te-

ner lo que más.

DON M Oiga, des que uno

DON RA decirse este año te de la I nido la en plan E tiende Y tan el pa

DON JOS DON.—¡T nes! Alca Guerra, r Maura, r Berengue mos los más rojo TROPO.



EL JUEGO DE LOS SIETE ERRORES POLITICOS DE LAS DICTABLAN

En el dibujo número 2 hay siete errores. ¿Es usted capaz de encontrarlos? Si la respuesta es no, usted es un lector con futuro. ¡Enhorabuena!



No es cierto, a pesar de opiniones muy generalizadas, que todas las dictaduras acaben mal. La del proletariado, por ejemplo, termina bien o, incluso, no termina nunca, si aceptamos ejemplos aducidos por observadores marxistas. Pero en este brave, aunque profundo ensayo, sólo interesan las otras dictaduras, las iniciadas como un descanso al ajetreo constitucional. Y éstas, con perdón de los marxistas, son más interesantes, más imprevisibles y, por supuesto, más fecundas. De la dictadura primorriverista, tan pintoresca, todo podía esperarse. Todo, excepto la república. A la república, según testimonios muy

QUE SE SEPA

serios, la trajeron los monárquicos y la perdieron los republicanos, frase tan paradójica como la misma figura de don Dámaso Berenguer.

Don Dámaso declinó hasta tres veces, ante Su Majestad el rey, el honor de formar gobierno. «Carezco —fueron sus palabras— de la experiencia y de los elementos necesarios para la difícil tarea». Pues bien: aceptó la tarea por lealtad a su rey y a su patria, cuando lo más sensato hubiera sido, por respeto a su rey y a su patria, delegar la

misión en profesional no con la moc lones fastu propiedad lestar, con y la calle más que no caballerosic dicalizada c Sebastián, el Cantábr Y Romanon —¡oh mes que «hay q na, a la cor ción». La fr

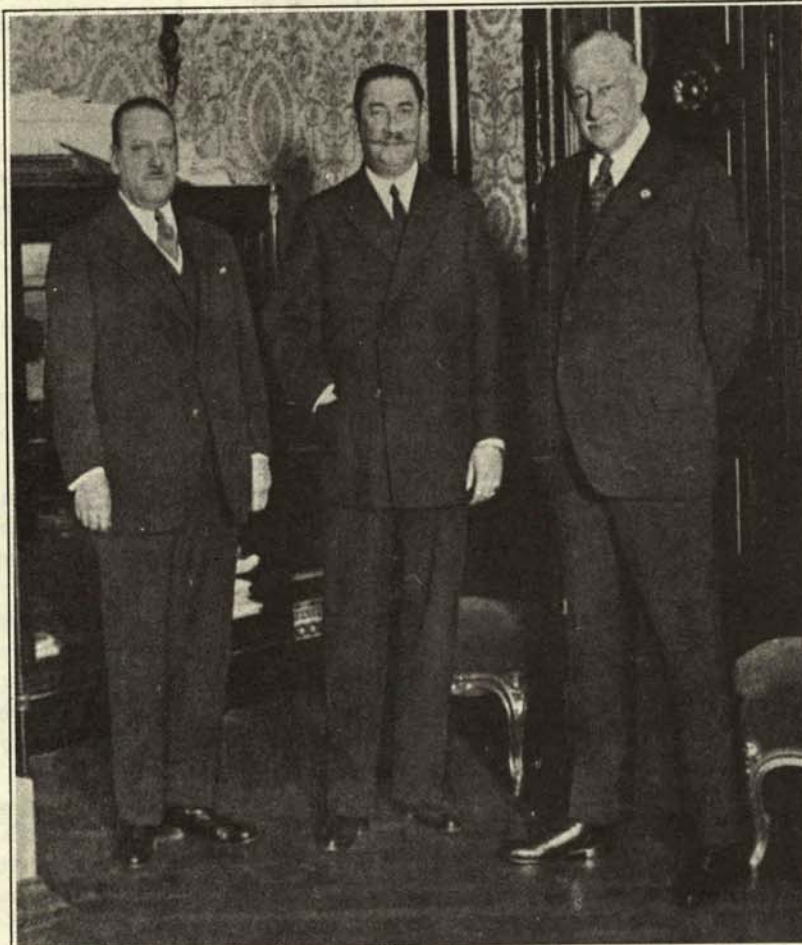
Y LAS DICTABLANDAS

CIENCIA HISTORICA

EL ERROR BERENGUER

No es cosa de ahora. En el año 1930 el dictador Primo de Rivera hacía poco que había caído impulsado por la depresión económica, por el malestar social, por las críticas de los intelectuales y por un último empujón soberano. Para sustituirle el Rey había nombrado al general Berenguer pero este buen hombre, con bastante menos moral que el Alcoyano, siguió ya con una dictadura al baño maría que hacía agua por todas partes. Aquello estaba más estropeado que un comedero de patos. El 15 de noviembre de 1930 Ortega y Gasset publicó un artículo en EL SOL titulado «El error Berenguer», que se hizo famoso por la frase final «Delenda est Monarquía». Con este latinajo impresionante el filósofo vino a decir que el general personalmente no tenía culpa de nada pero que la situación estaba tan deteriorada que ya no había lugar a componendas ni cataplasmas. La Dictadura había podrido la trama de la convivencia civil. «No existe el estado español. Reconstruídlo».

Y aquí está la almendra de la cuestión. Para unos la reconstrucción consistía en declarar la república, para otros en liarse a garrotazos y establecer una dictadura sin emplastos. Para unos y para otros Berenguer fue una equivocación. Y a todo esto el pobre general ni se enteró. De modo que ustedes ya lo saben. En esto estamos.



EL GENERAL BERENGUER RECIBE EL PODER DEL GENERAL PRIMO DE RIVERA

La escena no deja de tener gracia. ¿Podríamos nosotros rifar el edificio del Banco de España o entregar a un amigo el reloj de Gobernación? Pues algo semejante. ¡Primo de Rivera transmitiendo el Poder al general Berenguer! Pero... ¿es que el Poder era de aquél o del caciqueador soberano, y posible de ir de manos en manos en una sencilla ceremonia de sonrisas que recogían las cámaras fotográficas? Nos suponemos al soberano pensando: «Le voy a decir a Miguel que él ya ha tenido bastante el Poder... y que se lo deje un poco a Dámaso...» Y nos suponemos el dolor o la rabia con que España contemplaría estas transmisiones a título gratuito de algo que era suyo exclusivamente.

"Historia y estampas de la vida de Madrid". Federico Carlos Sainz de Robles. (Foto Vidal.)

hay que tener. Y no digo

CELINO CAMACHO.—
aciao, menos cachondeo,
se puede valer.

MORODO.—Tiene que
lenación Berenguer». Si
nombra al Rey presiden-
pública, habríamos obte-
econciación unificante»
rasburgo, no sé si me en-
e callo, que sí no me qui-
porte.

MARIA RUIZ GALLAR-
los rojos! ¡Todos maso-
Zamora, rojo; Sánchez
o; Cambó, rojo; Gabriel
o; Santiago Alba, rojo. Y
también rojo. Y no diga-
consumidores. Esos son
que nadie. ■ LICAN-

AS

puesta es afirmativa



algún profesional. Un pro-
hubiera celebrado charlas
erada oposición en los sa-
sos del palacio de Liria,
el duque de Alba. El ma-
perdón, estaba en la calle,
pedía seriedad y política,
bleza, hidalguía, ternura y
ad. La oposición más ra-
lebró, así, el pacto de San
ya que en 1931 prevaecía
co sobre el Mediterráneo.
s lanzaba el 14 de febrero
le los grandes espíritus!—
te ir, mejor hoy que maña-
cordia civil y a la pacifica-
ase eterna. ■ FEDERICO I.

